



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ACTORES

## JOSÉ MATA



Correcto, distinguido,  
fino y amable,  
ha ganado su plaza  
de actor notable;  
y hablando en plata:  
¡qué bien merece un bombo  
a José Mata!

*Lit. de Brubo Escorpón 14 y Madera 6. Madrid.*

## SÚMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—A un postergado, por Sinesio Delgado.—Escena . . . en fin, una escena, por Fiacro Yrázoz.—LAS VIRGENES LOCAS. Capítulo VIII. En que se presenta á los lectores el *hombrecillo de las gafas verdes*, por Vital Azn.—¡Dios mío, qué solos!, por José Jackson Veyan.—Chimes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Mata.—Modus vivendi.—El colmo del calor, por Cilla.



¡Qué bien se vive aquí, á orillas del mar, libre el espíritu de todo género de sugerencias!

Los bañistas son excelentes personas, que se ponen las zapatillas por la mañana y se las quitan para acostarse. Aquí no existe el afeite ni el adorno y todos vivimos al natural, como las merluzas.

La belleza de este suelo, la paz que nos rodea, el purísimo ambiente que se respira, todo habla al alma con el lenguaje dulce y sublime de la naturaleza.

Nadie busca otros placeres que los que le proporciona el campo con sus perfumes, el mar con la brisa y la mesa con sus manjares. Las conversaciones de los bañistas suelen ser éstas, poco más ó menos:

—¿Cómo acostumbra V. á comer el besugo?

—Guisado.

—Pues no sabe V. lo que se guisa.

—¿Por qué?

—Cómalo V. con salsa verde.

—Ayer compramos en casa unas sardinas, que por el tamaño parecían unas alpargatas.

—¡Qué ricas son aquí las peras!

—¿Ha probado V. los higos?

—No, señor, porque nunca he querido hacerme *solidario* de esa fruta. El odio al higo es tradicional en mi familia.

—¿Y á qué obedece eso?

—A que tuvimos un pariente con una nariz en forma de breva, y le adorábamos todos por la bondad de su carácter. Se murió muy joven y no hemos querido volver á probar aquella fruta, porque hubiéramos creído que nos le comíamos á él moralmente.

Las costumbres de estos habitantes son sencillas y dulces. Diríase al verles que gozan con la dicha de los demás. En cuanto ven que un bañista compra una merluza, sonríen y se regocijan, diciendo:

—Ya verá V. qué rico sabor tiene el pescado de esta costa. Y, sin embargo, el Gobierno no protege á nuestro país. Cataluña tiene fábricas, tiene ferrocarriles, tiene importancia en todos los ramos; pues no cabe la comparación entre su pescado y el nuestro. Castelar estuvo aquí hace un año y dijo elocuentemente que no ha conocido sardina más ilustre que la gallega.

Este es el país de las fiestas. Todos los domingos hay romerías, á las que acude la gente principal del país y los forasteros adyacentes.

Los madrileños que veranean en este pueblecillo se entregan á la merluza con una fruición digna de mejor comestible. Casi todos la frien y la llevan envuelta en un pañuelo para comérsela en el campo. Allí las jóvenes madrileñas corren y brincan; las personas graves discurren acerca de la conducta equívoca del Gobierno y de la corrupción actual. Nada gusta tanto á un forastero como abrir cátedra al aire libre y pronunciar discursos ante los asombrados vecinos.

—Pues sí, señor—dice uno de estos oradores trashuantes.—Madrid es una cosa muy grande, donde suceden las cosas más extraordinarias.

—Sí, sí—contesta uno de los oyentes.—Ya leemos los periódicos.

—La prensa no dice ni la mitad de las cosas que allí suceden. Mire V., hay una calle, llamada de Alcalá, que tiene media legua de larga; de trecho en trecho hay unos cajones donde le tiñen á V. el pelo por medio real. Se entra por un agujero con la cabeza rubia y cuando V. sale, la tiene negra como la mora.

—Diga V., ¿y Camacho?

—¡Oh! Le conozco mucho. Va todas las noches al café Oriental.

—¿Es guapo?

—Regular. Ahora se ha dejado las patillas.

—Tiene mucho talento ¿verdad?

—Muchísimo; pero es modesto. Eso de las dehesas boyales lo consultó conmigo antes de publicarlo.

—¿En Madrid, fuman VV. del estanco?

—Según. Hay quien fuma de la calle.

—¿Cómo?

—Recogiendo las colillas. Allí esta operación la practican muchas personas principales. La gente más distinguida lleva una lata, pendiente del cuello, para guardar las puntas que recoge.

De cuando en cuando llegan á este pueblo jóvenes finos, procedentes de la capital y de otras poblaciones importantes.

Vienen, según dicen, á distraerse y á tomar apuntes para sus periódicos.

Entonces las chicas que veranean se asoman á las ventanas y dicen:

—Mamá, mamá: ha llegado Casildo, el redactor de *El Abejorro público*.

La mamá se asoma también para saludar á Casildo, que como persona de mundo residente en población de 12.000 habitantes, viste con cierta elegancia y mira con desdén á todos los vecinos de las pequeñas localidades.

—¿Cuándo ha llegado V., López?—le pregunta la chica.

—Ahora mismo. Vengo á echar una ojeada y me vuelvo esta noche á la capital. Nosotros los periodistas no podemos pernoctar en ninguna parte.

—Buenos calaverones están VV.

—¿Qué hemos de hacer más que divertirnos cuanto podamos?

Algunas veces los ruegos pueden más que los deberes del cargo, y entonces los jóvenes forasteros deciden quedarse en el pueblecillo, para honrar con su presencia la reunión que va á celebrarse por la noche en casa de una señora viuda con dos niñas.

¡Qué felicidad para las chicas locales!

Casildo tiene conversación para todas y consigue encender pasiones en muchos pechos, dando lugar á frases como ésta:

—Yo no sé qué misterioso amuleto tienen estos chicos de la prensa para cautivarnos.

—Fijese V. en la ropa.

—¡Oh! Viste muy bien.

—¿Ha visto V. qué pantalones más bonitos!

—Y sin una arruga. ¡Qué diferencia de los que usan los chicos de por acá!

—Este Casildo siempre ha tenido unas piernas muy derechas.

—Y muy buen gusto para las corbatas.

Aquí se baña la gente sin lujo de ornamentación. Nada de trajecitos á la marinera ni de sombreritos vaporosos.

Las características se envuelven en túnicas hechas con tela de jergón; las jóvenes usan otras prendas menos rudimentarias y algo más elegantes; pero no hay miradas indiscretas que sorprendan sus encantos. Lo más que suele verse en la playa es algún pescador aficionado á las obras de la naturaleza, que se extasia contemplando los bustos de las señoritas sumergidas en el piélago.

—¡Caramba!—dice el hijo de las olas.—Estoy por echar las redes, á ver si pescó alguna de esas merluzas.

Bromas aparte, no podemos menos de declarar que este es un pueblecillo encantador y que con dificultad puede encontrarse cosa más de nuestro gusto.

Baste decir que aquí no hay luchas políticas, ni competencias literarias, ni sesiones, ni poetas, ni hablillas de café.

Nadie conoce á Cafete, ni hay dos personas que hayan leído á Balaguer, y esta dulce ignorancia produce la paz del espíritu y la salud del cuerpo.

Y pensar que mientras aquí todo es placidez y reposo, hay personas en Madrid que se exponen á oír las óperas del Buen Retiro!...

No nos entristezcamos con estos recuerdos y hagamos punto.

LUIS TABOADA.

## A UN POSTERGADO

Va me tiene usted molido con tantas lamentaciones, y ya no quiero más quejas, y ya no aguanto más voces. ¿Es usted y ha sido siempre un pedazo de alcornoque, ¿quién diablos tiene la culpa de que la suerte le azote? ¿Que el mundo es necio? ¡Mentira! De sobra el mundo conoce lo que cada cual merece, y da lo que corresponde. ¿Que hay genios desconocidos y talentos enormes, á quienes nadie protege y á quienes todos se oponen? ¡Ríase usted de los tontos que hacen correr esas voces! ¿Que hay envidias? ¡Ni la envidia favorece más que roel! ¿Que hay obstáculos? ¡Pues claro! ¿Como que es lógico el choque! En la mesa de la vida están justas las raciones, y el que quiere asiento, tiene que ganarlo como un hombre. Vamos á ver, un ejemplo: Usted es mísero, y pobre, y desgraciado, ¿verdad? Bueno; pues ¿qué condiciones tiene usted para no serlo? Ninguna. Usted es un zote que no ha trabajado nunca ni de niño ni de joven ni sabe hacer otra cosa que mendigar protecciones.

¿Que tiene usted hecho un drama que rueda entre bastidores? ¡Pues bueno será el drama cuando nunca se lo ponan! ¿Que en los diarios le admiten solo con tal que no cobren? ¡Como que el sueldo es sagrado y no está bien que se robe! ¡Infeliz! usted fastidia á empresarios y editores, y ninguno le hace caso y sus súplicas desoyen. Usted piensa que los guías malévolas intenciones, y no se le ocurre nunca que es usted sólo el fantoche. ¡Mire usted que tiene gracia suponer que todo el urbe se ocupa en alzar murallas á ver si el genio las rompe! Supongamos que es usted un sastre de primer orden. ¿Cree usted que va á decir la gente.—¡Qué lindo corte! ¡es buen sastre! ¿pues no quiero que me haga los pantalones? ¡Al contrario, cristura, se irán al que mejor cosea! Pues así es todo; al que vale el mundo no le pospone. No es esto decir de plano que á veces no se equivoque, y que pasen por lumbreras un montón de monigotes, ¿pero que el que lo merece no se de á luz? ... ¡Vamos, hombre!

SINESIO DELGADO.

## ESCENA... EN FIN. UNA ESCENA

Sale á la escena Esperanza, que es una chica preciosa, y por cantar... cualquier cosa da principio á una romanza, mientras está de visita con su madre doña Aurora, un viejo que hace una hora que llegó de Villafrita. La chica canta muy mal porque su voz desina; pero él dice que es divina, cosa que es muy natural, y entre aquel viejo en cuestión y Aurora, que está á su lado, darán principio al *hablado* con esta conversación.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Sorprendente!  
—¡Gracias! ¡Usted es tan amable!...  
—Si es una cosa admirable; si canta divinamente.  
—¡Lo dice usted por hablar!  
—No tal.  
—¿Le gusta á usted?

—Sí.

—Me alegro; por más que aquí no se ha podido esmerar.  
—No obstante, tiene una cosa especial. No desafina.  
—Las óperas las domina de una manera espantosa.  
—¿Qué talento! ¿Qué derroche! Se pasa todos los días ensayando melodías por la tarde y por la noche, y cuando yo ya me duermo por encontrarme rendida, aún se queda ella vestida ensayándose en *Guillermo*.  
—Y el *Fausto*? ¿Lo sabe todo! No necesita papel.  
—Siempre anda á vueltas con él y lo domina de un modo...  
La *Traviata*, la verdad, la canta con tal amor, que no hay traviata mejor en toda la cristiandad.  
—¿Conque también la *Traviata*?  
—¡V entusiasma: no es extraño! ¡La canta mejor que *Sasha*!

—¡Y mejor que *Floja de lata*!  
—Su talento es tan notorio que no lo quiero alabar.  
—¿Y en dónde aprendió á cantar?  
—¡Hombre, en el Observatorio!  
Al principio, aunque no deba decirlo, no hizo furor!

¡pero, amigo, el profesor me la puso como nueva!  
—Estoy convencido ya.  
—Todo lo sabe al dedillo.  
—Eso no es chica, es un grillo.  
—¡Pero!...  
(Se continuará.)  
PIACRO YRÁYZOZ.

## LAS VIRGENES LOCAS (1)

### CAPITULO VIII

En que se presenta á los lectores el hombrecillo de las gafas verdes

Eran las tres de la mañana, y Octavio no podía conciliar el sueño.

Su cuerpo reclamaba el descanso.

Su espíritu se oponía tenazmente.

¡Siempre la eterna lucha de la materia y del espíritu!

¡Ah!

¡Qué tristes y qué largas son las noches de insomnio!

El sueño es el éxtasis de los bienaventurados.

Un hombre que duerme es un alma suspendida en el espacio.

Ni piensa, ni se agita.

Descansar es vivir.

¡Oh!

¡Felices los que nunca han oído el monótono tic-tac del reloj en las horribles noches de insomnio!...

Pero no divaguemos.

Octavio fumaba y fumaba, como si en el denso humo de los cigarrillos quisiera encontrar la ansiada solución al problema de su vida.

La atmósfera de la habitación se hacía irrespirable.

La luz de la aniquilada bujía oscilaba siniestramente...

Ortega en un terrible sacudimiento nervioso creyóse presa de la asfixia.

Saltó de la revuelta cama.

Abrió con furia el balcón.

El aire fresco de la noche entró impetuosamente en la alcoba, y barrió en un segundo las pesadas é insalubres emanaciones del tabaco.

Octavio estornudó.

El estornudo es un movimiento convulsivo del diafragma, dicen los fisiólogos.

¡Ah, no!

El estornudo es algo más que eso.

Es la voz de alarma; la campana de aviso...

El que estornuda es que siente.

La pituitaria es el termómetro de la sensibilidad.

El estornudo es la antitesis del hipo.

Hipócrates, el Anciano de Cos, lo consignó en sus aforismos.

La escuela de Salerno lo confirma...

Pero no divaguemos.

Octavio, temeroso de coger una pulmonía, vistióse apresuradamente y asomóse al balcón.

Sus pulmones recibían con avidez el aire oxigenado de la calle.

Su imaginación se sumergía cada vez más en los dilatados espacios de la duda...

La noche convidaba á la meditación.

Arriba, el tachonado cielo con dulce transparencia melancólica...

Abajo, la calle sembrada de basureros...

Los lejanos pasos del sereno, ese eterno amante de la casta Diana, eran el único rumor que interrumpía el silencio de la noche.

Octavio, con su inquieta mirada, midió tembloroso la altura que le separaba de la calle...

En su exaltado cerebro surgió de pronto la idea del suicidio.

¡Incomprensibles contrastes del corazón humano!

Aquel hombre que momentos antes, pensando en su salud, abrigaba su cuerpo, juzgó como dicha inefable morir aplastado sobre las desgastadas aceras...

Pero pasó el momento de delirio...

La sangre que de pronto se había agolpado en su cerebro, distribuyóse con normalidad en todo el organismo...

Su frente se iba refrescando poco á poco.

La vida triunfaba de la muerte...

(1) Véase el número anterior.

# MODUS VIVENDI



—«Pérdida perro lanas, manchas negras lomo. Gratificación crecida. Recuerdo familia...»



—Pues señor, me ha preocupado eso de la gratificación crecida...



—¡Diantrel! ¡qué idea!



—No aulles, que me pierdes.



—«Manchas negras lomo.» Veamos, una cosa así, por el estilo.



—¿Es este?



—...Y además, no sabe V. bien el favor que me ha hecho.

—Por Dios! no se moleste V., señora



—¡Socorro! ¡socorro!... Este no es el Clavel. ¡Este es un Clavel apócrifo que se destiela!



—Vamos á ver si se ha extraviado otro perrito.

La materia se hucia superior al espíritu...

Empezaba á amanecer.

Octavio miró hacia el Oriente...

Las góticas torres de San Jerónimo se destacaban esbeltas y arrogantes sobre el tinte rojizo de la aurora...

La poética mente del amante de Elena sintióse trasportada al siglo XIII.

Pensó en la arquitectura ojival.

En su lucha con la romano-bizantina.

La ojiva anulaba al semicírculo.

Los templos construidos bajo la dominación de los Omníadas, perdían su severo carácter.

El gusto de la época había cambiado por completo.

La moda se imponía.

Las formas severas de Bizancio eran reemplazadas por los pomposos almocárabes, las risueñas galerías, las ricas exaracas, las ingeniosas y espléndidas pechinas estalactíticas...

Pero no divaguemos.

Octavio se acostó vestido, y durmió.

Eran las ocho de la mañana.

Un ¿se puede? dicho por tercera vez, le sacó de su profundo sueño.

—¿Quién?—preguntó Ortega saltando súbitamente de la cama.

—Soy yo, señorito.

—¿Ah, ya!

En esta exclamación tranquilizadora iban envueltos una porción de recuerdos: el amor de Elena, la escena del jardín, las proposiciones de D. Salustio, el encuentro con Quiñones, la tremenda bofetada...

Octavio se paseaba agitado por el gabinete, sin reparar en la criada que colocaba cuidadosamente sobre la mesa de despacho el servicio de chocolate.

—No hay más remedio! ¡Lo mato!—decía para sí el desventurado novelista.

—Aquí lo tiene V.—dijo la criada.

—¿A quién?—gritó Ortega, parándose de pronto.

—¿Cómo á quién?—replicó la criada, mirando fijamente al señorito.

—¿Dices que está ahí? ¿Que entre! ¿Que pase inmediatamente!

—¿Pero quién ha de pasar?

—¿Quiñones!

—¿Qué Quiñones?

—¿El esposo de mi amada!

—¿Ave María Purísima!

—¿Purísima, sí! ¿Como es puro el aliento de los angeles! Elena sucumbió en espíritu. ¿Su cuerpo ha sabido resistirse! ¿Lo entiendes?

—¿Ni palabra!—replicó la domestica soltando la carcajada.

—Bestia!—gritó el novelista encolerizado.

—Pero, señorito...

—Marchate! ¡Déjame en paz!

—Ya me voy, ya me voy—dijo la muchacha, saliendo de espaldas como si temiera alguna acometida de Octavio.—¡Estos señoritos que escriben en los papeles no están buenos de la cabeza!

Ortega quedó solo en su cuarto.

Sentóse, mejor dicho, dejóse caer en una butaca, y pensó:

—¡Sí! No hay remedio! El duelo es inevitable! Yo necesito matar á ese hombre! ¡Él ó yo sobramos en el mundo! Elegiré padrinos; que nombre é! los suyos; que se entiendan cuanto antes, y que cuanto antes destroce yo con una bala el corazón de ese infame... ¿Qué hora es? Las nueve... Iré á ver á Peláez... Ya se habrá levantado... Los hombres de negocios madrugan mucho... ¡Sí! No hay tiempo que perder.

Y dicho y hecho.

Se puso el sombrero.

Cogió el bastón.

Encendió un cigarro.

Abrió la puerta de su gabinete.

Luego la del cuarto.

Salió á la escalera.

La bajó.

Dió los buenos días al portero.

Y echó á correr por la calle arriba, en dirección á la del Príncipe, donde vive su amigo D. Celestino Peláez.

(Por lo que pueda convenir para el capítulo siguiente, debemos hacer constar que Ortega no se había desayunado.)

—¿Está el señor?—preguntó Octavio al dependiente que salió á abrir la puerta del cuarto principal del número 57 de la calle del Príncipe.

—Sí, señor. Está en su despacho con un caballero que ha llegado hace un momento.

—Pues pásele V. recado. Que necesito hablarle inmediatamente.

El dependiente se dirigió al despacho de su principal.

Más adelante sabrán mis lectores quién es D. Celestino Peláez.

Por ahora sólo conviene saber que Octavio es muy amigo suyo.

Quando el dependiente anunció su visita, es decir, la visita de Ortega, Peláez no pudo menos de manifestar su sorpresa.

—¿Octavio á estas horas! ¿Qué ocurrirá? Dile que pase. Perdóne V., amigo Velasco—dijo luego, dirigiéndose á un caballero que sobre una tosca mesa de madera de pino colocaba en simétricas filas un brillante montón de monedas de cinco duros.—El amigo que me anuncian es de confianza. Puede V. continuar en su recuento.

El caballero á quien Peláez se dirigía era un hombrecillo como de unos sesenta años de edad; bajo de estatura, enjuto de carnes, de rostro arrugado y seco, y de una pulcritud exagerada en su manera de vestir. Su cabeza descubierta dejaba lucir una brillante calva, y sus ojos pequeños, verdes y vivarachos, estaban constantemente velados por unas gafas verdes con montura de oro, lo que daba á su fisonomía un tinte de extraña expresión, de siniestra imperturbabilidad.

—Adelante, adelante, Orteguita—dijo Peláez cuando éste apareció en el dintel de la puerta del despacho.

—Señores...—murmuró Octavio, dirigiéndose principalmente en su saludo al hombrecillo de las gafas verdes.

—¿Qué es eso, chico? ¿Qué te trae por aquí tan de madrugada? Tú, el eterno trasnochador, y por tanto, el dormilón eterno, en la calle á las nueve de la mañana? Preciso es confesar que debe ocurrirte algo grave.

—Sí, querido Peláez. Muy grave es el asunto que me obliga á molestarte en este momento.

—Si acaso soy importuno...—dijo entonces el caballero de las monedas, mirando á Octavio por encima de las gafas.

—No, no señor. No es un secreto lo que voy á decir. No se moleste V.

—Mi amigo Octavio Ortega—dijo Peláez, haciendo la presentación de reglamento,—novelista distinguido, soñador perpetuo, joven de gran talento en las regiones ideales, pero poco conocedor de la prosa de la vida.

Y luego, señalando al de las gafas, añadió:

—D. Martín Velasco, español ingerto en yankee, viajero incansable, industrial ineligente, seis veces millonario...

—No tanto, hombre, no tanto—dijo afectuosamente el hombrecillo de las gafas verdes.

—Conque, ea! Hecha la presentación, toma asiento, enciende ese cigarro, y dime á qué debo tu inesperada visita.

D. Martín siguió apilando monedas.

Octavio tomó asiento enfrente de Peláez. Suspiró hondamente, y dijo:

—Estoy perdido!

—¿Arruinado?

—No, chico! Mal puede arruinarse quien no tiene fortuna que perder. No es el dinero lo que me preocupa.

—Mal hecho—replicó por lo bajo el caballero de las gafas.

—Necesito de tu amistad—prosiguió el novelista.—Quiero que seas mi padrino.

—Hombre! ¿Te casas! ¿Cuanto lo celebro!

—No se trata de boda... todavía—dijo Octavio subrayando el adverbio.—Se trata de un duelo!

—¿Caracoles!—exclamó Peláez.

—¿Eh?—murmuró el de las monedas.

—¿Sí, chico! Tú y tu primo Fernando iréis á ver á este caballero.

Octavio arrojó sobre la carpeta de su amigo la tarjeta de Evaristo Quiñones.

—¿Pero quién es este caballero?—preguntó con creciente curiosidad el pacífico Peláez.

—¿Pues es... un infame! Su vida estorba á mi felicidad. Es el esposo de mi amada.

—¿Zambomba! ¿Un adulterio!

—No! ¿Tranquilízate! Mi amada es la Virgen Elena, la Venus Urania.

—Chico, chico!—dijo Peláez, levantándose y mirando fijamente á su amigo, ¿Estás en tu sano juicio?

El caballero de las gafas miró á Octavio y sonrió maliciosamente, como diciendo: Este chico está tocado.

—No te alarmes—replicó Ortega.—Mi juicio está sereno. La Venus Urania de que te hablo no es ninguna creación mitológica. Es un sér real. Es una hermosa hija de mi protector D. Salustio Durante.

—¿Cómo!—exclamó vivamente el caballero de las gafas, dejando caer al suelo una pila de monedas, que se esparcieron por la alfombra del despacho.—¿Ha dicho V. Salustio Durante?

—¡Sí, señor! Eso he dicho. ¿Le conoce V.?

—¿Que si le conozco? ¡Mucho, por mi desgracia!—Y acercándose á Octavio, añadió:—Ese hombre ha sido mi ruina. Nos hemos tratado mucho en Circasia. Sus hijas no son lo que parecen.

—¡Caballero!—contestó Octavio, juzgando ofensiva la apreciación del hombrecillo de las gafas.

—Repito que no son lo que parecen. Es decir, que no son sus hijas.

—¿Cómo?

—¿Qué?—replicaron á un tiempo Peláez y Ortega.

—Es una historia terrible. Escuchen VV.

Y el caballero de las gafas, apoyándose en el respaldo de un sillón de cuero, comenzó á hablar de esta manera:

(Se continuará.)

VITAL AZA.

## ¡DIOS MÍO, QUÉ SOLOS!...

Subiendo por grados se eleva el azogue. Ya marca cuarenta de día á las doce. Ya buscan los ojos oscuros rincones, como si en el cielo brillaran dos soles, y el cuerpo se ensancha y el alma se encoge. Ya salen diarios doscientos vagones que invaden los ricos y llenan los nobles que van en demanda de brisas salobres. Aquí nos quedamos cuarenta escritores, tres cómicos nuevos que nadie conoce y algunas parejas de esas del desorden. Y en tanto, yo digo para mis botones: ¡Dios mío, qué solos se quedan los pobres!

— Cuando me paseó en las tristes noches y busco del Prado los sucios verdores allí, sobre un banco,

me reclino entonces y por mis mejillas las lágrimas corren; lágrimas ardientes como los vapores que brotan del suelo y abrasan el orbe. Cuando ya en el lecho mis ojos recorren hileras de chinches que bajan veloces pensando á mi costa llenarse el abdomen de los que se fueron recuerdo los goces. Entonces la envidia mi pecho corroe y no tiene nada de extraño que lloro. La vela se extingue, y á sus resplandores, allá en el tabique, con negros manchones, dibuja la sombra mi nariz enorme. ¡Qué vil es el oro! ¡Qué vil y qué torpe, que así me abandona sudando en la corte! ¡Dios mío, qué solos se quedan los pobres!

José JACKSON VRYAN.



La *Gaceta* publicó el jueves un decreto de policía de teatros, que hay que verlo.

Es una serie de desaciertos y de arbitrariedades que convierten á autores y empresas en esclavos de la autoridad.

Revela, además, un absoluto desconocimiento de la materia... ¡Como qué aquí se mete cualquiera á legislar sobre lo que no entiende!

Ya daremos más espacio á este decreto el vapuleo que merece...

Si nos lo permite nuestro tutor, el Ministro.

✱  
Ni Mansi dimitte  
por más que le aprietan,  
ni sabemos nada  
del señor Gutiérrez.

✱  
El alcalde de Madrid, Sr. Abasca, ha prohibido á los vendedores de periódicos que tengan puestos ambulantes y que cuelguen los papeles en las fachadas de las casas.

Con lo cual ha venido una baja en la venta de Madrid, ¡que ya, ya!

No creo que se hayan salvado las instituciones con esta medida, pero nadie es capaz de calcular los perjuicios que se

irrogan á las empresas periodísticas. ¡Qué talentazo tiene el señor alcalde! No le cabe en la cabeza.

✱  
*El gigante americano*, descripción de los Estados Unidos de la América del Norte. Así se titula el nuevo libro dado á la estampa recientemente por el distinguido publicista D. Adolfo Llanos, y es un profundo estudio de tipos y costumbres *yankees*, sumamente interesante. El autor conoce á fondo el país, y lo describe en galana prosa.

Así como por el libro del Sr. Llanos se puede conocer perfectamente una gran parte del Norte de América, por la nueva obra del Sr. Sañudo Aufrán, que también hemos recibido, y que se titula *Narraciones españolas y americanas*, se pueden estudiar con gran provecho los rasgos típicos de algunos pueblos de la América del Sur.

Sañudo Aufrán describe admirablemente las costumbres y el carácter de aquellos hijos de España, y reúne en su libro una magnífica colección de cuadros del país, tomados magistralmente del natural.

Estas dos obras tienen gran importancia, sobre todo en la actualidad, en que se trata de estrechar los lazos que nos unen á nuestros hermanos de allende el Océano.

*Entremeses* se titula el tomo XXVIII de la *Biblioteca Demi-Monde*; un folleto picante y alegre de Gómez de Ampuero. El éxito creciente de esta biblioteca nos releva del bombo que merece.

✱  
Por ti me gasté dos duros en cuatro claveles dobles...  
¡Así se lleven los diablos á la que vende las flores!

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Pedrillo*.—Hay bastante incorrección en esa composición.
- Sr. D. V. E.—Aranjuez.—Bastante mala. No mucho, pero en fin, bastante.
- Sr. D. R. P. C.—Málaga.—Eso es serio, y además me parece que lo ha tomado V. de alguna parte.
- La muerte*.—No sirve. Las palabras *cómico* y *periódico* no están unidas por el indisoluble lazo del consonante.
- Billarero*.—Eso mismo y de esa manera lo ha dicho todo el mundo cuando empezaba.
- Sr. D. J. P.—Madrid.—Y eso también.
- El Salomo*.—¿V. se ha fijado en lo mal que huele todo eso? ¡Ah! guason... sin gracia.
- Sr. D. I. C.—Madrid.—Tiene un no sé qué que me da temor... es decir, que me gusta poco.
- Sr. D. C. D.—Madrid.—Efectivamente es mediana, porque se ha olvidado V. completamente de la cadencia.
- Chascanatas*.—Hombre... acaso la publicaría si no tuviera yo pensada la contestación á aquello.
- Sr. D. A. A.—Madrid.—Ese epigrama tiene el defecto de no tener saliente y resultar el chiste una inocentada.
- Sr. D. J. C.—Madrid.—Hace V. unas composiciones completamente destornilladas. Tanto, que no se sabe siquiera lo que V. ha querido decir. ¡Como que trata cuatro ó cinco asuntos «révuelos, amasados, confundidos!»
- Unosiquisue*.—¿Litera cuadrículata? Volo firmam.
- Sr. D. A. C.—Madrid.—Está bien hecha mucha parte del diálogo, pero ese final del convite se ha hecho cursi.
- Prometo*.—Es una porquería.
- Sr. D. R. A.—Madrid.—Y esas son rios porquerías.
- Sr. D. H. E.—Santander.—Aquí no hay más que mi criterio. Si V. cree que vale mucho y yo no, no vamos á reñir por eso. Con no enviarme nada... tan amigos.
- Sr. D. J. A.—Córdoba.—¡Jesús qué malo! ¡y cuántas *ache!* Por fuerza lo ha hecho V. adrede; ¿qué tiene otras composiciones? ¡Por favor! no las mande V.
- Un atribuido*.—¡Pícan! La musa es la que no pica. No se meta V. en sonetos.
- Kibir*.—No conozco la letra, perro mahometano.
- Srta. D.ª A. M.—Cádiz.—Le salen á V. algunos versos excesivamente largos...
- Sensible*.—Usted, con la pluma vive á las copias dedicado, y escribe más que el Tostado sin fijarse en lo que escribe.
- Amiguo*.—No sirve.
- Sr. D. M. B.—Valencia.—Es pesadísima, sin interés y muy incorrecta. El diálogo es muy forzado.
- Sr. D. J. S.—Miranda.—Va sé lo que se puede sacar de V. Corcho.
- Sr. D. F. de I. J.—Madrid.—Pesada... ¡y letrillal para mayor guaso... ¡Tiene gracia lo de *chislatografía!*

EL COLMO DEL CALOR



Aliquando bonus refrescat Fœbus.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y PORSÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.  
Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.  
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.  
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro o sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete si no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2. segundo

LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO  
NÚM. 620

COMPANÍA COLONIAL  
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA  
CHOCOLATES  
ACREDITADOS CAFÉS  
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
Y PARA SU DIRECTOR  
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR  
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878  
TES.—TAPIOCA.—SAGU  
BOMBONES FINOS DE PARIS  
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20  
Sucursal..... Montera, 8  
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.  
Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.  
Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.  
A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.  
Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.  
Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro o sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.  
A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ferraz, 40., primero, izquierda  
DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO